

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Civilización y barbarie: parámetros a rastrear en diferentes momentos de la trayectoria literaria nacional.

Martín Alejandro Rodríguez.

Cita:

Martín Alejandro Rodríguez (2004). *Civilización y barbarie: parámetros a rastrear en diferentes momentos de la trayectoria literaria nacional. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/467>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Martín Alejandro Rodríguez

Civilización y barbarie: parámetros a rastrear en diferentes momentos de la trayectoria literaria nacional

A medida que nos adentramos en el terreno del pensamiento social argentino, y con el motivo de querer establecer algún tipo de unicidad en lo que hace a la trayectoria literaria del país, se presenta el desafío de analizar como fueron retomados, y por ende resignificados, algunos términos y conceptos que se repiten a lo largo de la historia, y que son de vital importancia para la construcción de un tipo de mirada sobre el mundo, ya que actúan como fuerzas retóricas, que imponen su intensidad sobre la realidad permanentemente. A cada texto podemos considerarlo como una experiencia de vida, que tiene su coincidencia con el contexto en que fue escrito, aunque al mismo tiempo, una vez que este texto, sea cual fuere, haya sido publicado, enfrenta el reto que supone su actualización en diferentes contextos. De este modo trasciende a su propio autor y al momento en que fue escrito, para embarcarse en un recorrido en que la interacción de este libro con las voces que lo cuestionan, critican, elogian o ignoran, le imprimen un vigor distinto al de su propio nacimiento. Este dialogo con el libro, que se da a lo largo de diferentes épocas, es compatible con la idea de libro viviente de Gramsci, idea en la cual predomina, mediada por desplazamientos, el redescubrimiento de los enunciados a través de las lecturas realizadas en cada momento histórico particular. Esta operación presenta una riqueza única, debido a que de esta forma

se rompen los esquemas y las estructuras que pudieran atar a los discursos a un sentido unívoco, y se abre así un tipo de diálogo del texto con la historia, en el que cada relectura constituye de por sí un acontecimiento, que desplaza el significado original de los textos para grabar una nueva voz sobre lo que ya se ha dicho, nueva voz que también debe enfrentar el desafío de ser actualizada por los hechos que pueda deparar el porvenir.

A partir de esta especie de introducción es interesante confluir en uno de los libros que implica la fundación de la literatura argentina: el "Facundo" de Sarmiento, que por todo lo que representó simbólicamente (y que, aún hoy, continúa representando) es un texto que funcionó como el disparador de algunos de los debates claves que surgieron en los ámbitos letrados de aquellos tiempos, y que también expresó antes que nadie el duelo entre dos argentinas, duelo que contenía la disputa por la imposición de un tipo de proyecto de nación, cuando todavía esta era solo un boceto a definir. El choque constante entre Buenos Aires y el interior del país, que se divisaba hacia mediados del siglo XIX, proporcionaba un altísimo nivel de conspiración y conflictividad en la política argentina de aquella época, e impregnaba los escritos de los diversos autores que se aventuraban a definir las bases para la formación de un Estado moderno.

Sarmiento utiliza la dicotomía entre civilización y barbarie para explicar su proyecto de Estado, recurre a estos dos conceptos contrapuestos (que en realidad son inseparables y constituyen una totalidad) para dar cuenta de cuál es el camino correcto que debe tomar el país, el camino del progreso, que se dará a partir de la eliminación de la sociedad a la que él llama no verdadera, la sociedad natural que está directamente influida por el medio, es decir la (no) sociedad del gaucho. Al

hablar del gaucho, Sarmiento desarrolla la idea de fisonomía, mediante la cual relaciona un tipo de suelo, un clima, un hábitat particular de nuestro país, con un sujeto particular que se verá conformado a partir de estas características específicas, es decir un sujeto que es el resultado de su medio, por eso ha nacido así, salvaje, y cuyo único destino es enfrentar la naturaleza, tratar de evadir la muerte violenta que lo acecha en aquel desierto desolado. Identifica a este sujeto con el caudillo, en particular con Quiroga, quien se consagra como el baluarte de esa sociedad ficticia que para Sarmiento representa la campaña, en oposición a la sociedad “real” y civilizada de las ciudades, en la que el hombre cuenta con la posibilidad de transformar el orden natural que le es dado. Estas oposiciones son temas recurrentes en el Facundo, y se observan en las luchas antagónicas entre ciudad /campaña; razón /naturaleza; Buenos Aires /provincias del interior del país. Considero que lo más valioso que aporta Sarmiento a través de esta obra es el enfrentamiento entre civilización y barbarie, conflicto que se perpetua a lo largo de la historia argentina, y que en muchos casos es utilizado para justificar diferentes métodos represivos, tanto físicos como simbólicos, que fueron puestos en práctica por el Estado en diferentes momentos históricos. Sarmiento precisa de ambos términos porque la definición de uno le sirve para comprender en que se diferencia del otro, a partir de una operación de contrastes entre los conceptos. Es muy interesante la observación que realiza Martínez Estrada sobre este tema ya entrado el siglo XX, cuando retoma algunas de las definiciones sarmientinas. Para él, el concepto de civilización y barbarie subsiste a lo largo de la historia a partir de una transfiguración, es decir, de una metamorfosis que funciona por desplazamiento. En distintas épocas, la barbarie ofició de elemento inasimilable a

la sociedad, y es por eso que la única forma de anularlo era mediante el exterminio liso y llano. Esta concepción sirvió como justificativo de diferentes momentos represivos comprendidos en políticas estatales, ya que parte de las elites eran poseedoras de un poder discursivo creador de símbolos, por el cual estaban en condiciones de definir quien era civilización y en oposición a qué, y se veían amparados por este elemento no asimilable al sistema social.

La definición de un enemigo se ve como un tema recurrente en la trayectoria literaria y política argentina, debido a que a partir de la fijación de un enemigo interno, se posibilitaba la construcción de una nación que aparentaba, mediante esta operación, ser más homogénea. Así fue como con este rótulo, y presentando los síntomas de la infección bárbara descritos por las elites, fueron apareciendo progresivamente el indio, el gaucho, el caudillo, Quiroga, Rosas, el inmigrante, las masas y Perón, todos como portadores del mal social que los coloca como enemigos de la sociedad "civilizada". Resulta interesante ver como el concepto de civilización se consagra como falso universalismo, que en definitiva es utilizado para diferenciar quién es el enemigo, para poder llevar adelante acciones militares amparadas en el Estado que concuerden con los intereses de la patria. Es evidente que el tipo de sociedad convulsionada del siglo XIX, que se guiaba bajo los preceptos de honor, duelo y venganza, precisaba, para poder concretar una política institucionalizada, una idea de justicia que se estableciera en el orden legal. Pero qué ocurre si aquel que toma la posición de definir quién representa la civilización y quién la barbarie, utiliza los mismos métodos bárbaros que critica con el objetivo de imponer su modelo de nación, en lugar de confrontar ideas con quien desarrolla otro proyecto posible, teniendo la necesidad de

rebajarlo en función de inscribirlo en lo salvaje, y de este modo evitar la confrontación de ideas¹. De esta manera, se invierte el papel que encarna Sarmiento, quien de algún modo se iguala al salvaje que el mismo define y critica, luego de mandar asesinar por encargo al Chacho Peñaloza, lo cual establece un acto simbólico brutal en contra del caudillaje. Y a su vez establece una de las tantas marcas en la trayectoria de la conformación del Estado, que a cada paso deja un tendal de muertos, quienes de ahí en más se constituirán en muertos de la patria. Matanza tras matanza, se configuran mapas de sangre que lamentablemente serán claves para la fundación de las bases de un tipo de nación.

Martinez Estrada sostiene que civilización y barbarie eran fuerzas centrífugas de un sistema en equilibrio, es decir que conformaban una totalidad. Y es por esta misma razón que Sarmiento no visualizó que la ciudad, para él sinónimo de progreso, era como el campo, y esto implicaba que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos, con lo cual se establecía una especie de operación platónica de metempsicosis². En su deseo de afirmación de otra realidad, la lógica sarmientina se construye a través de una serie de operaciones por oposición, en relación, por ejemplo, a las nociones de caos /orden; barbarie /civilización; ignorancia /educación; y fundamentalmente, el desierto, que le sirve para explicar su concepto de sociedad. La extensión del territorio argentino, que mayormente se hallaba despoblado, era una de las condiciones que, para Sarmiento, explicaban la falta de unidad nacional, así como

¹ Sarmiento, Domingo F.; Hernández, José; “El Chacho: dos miradas”.

² Martinez Estrada, Ezequiel; *Radiografía de La Pampa*.

la difícil formación de un alma nacional homogénea. El desierto que rodea al país se relaciona con la idea del mal que aqueja a la Argentina, mal que es entonces representado por la extensión.

En el Facundo, Sarmiento intenta describir la fisonomía del territorio argentino mediante la utilización de referencias a Oriente, con lo cual establecería una similitud geográfica determinante para comparar el parecido en las costumbres de ambos territorios, y de este modo poder explicar como en nuestro territorio debe llevarse a cabo el mismo enfrentamiento entre la civilización europea y la barbarie, lo cual funciona como un generador de identificaciones con el viejo mundo. Por otro lado, cabe aclarar que esta recurrencia de Sarmiento al Oriente posee un sentido universalista para el autor, debido a que este libro funcionará como carta de presentación de su obra al mundo. Años después, Leopoldo Lugones realizaría una operación parecida en "El Payador", buscando en la civilización helénica el origen del alma nacional, a partir de la definición de una libertad espiritual inherente a la civilización griega que aparecería transmutada en el payador, quien tomaría como fuente la poesía trovadora de origen greco latino, que tuvo también su influencia sobre los árabes. Esta fórmula tiene su relación con la herencia continua que depara la historia, que funciona como una ininterrumpida cadena de vidas semejantes. Según Lugones, para conformar un idioma propio, no es necesario escribir en gaúcho, sino que para cumplir con la civilización y con la patria se deben movilizar ideas y expresiones que rescaten la voz de las generaciones. Desde mi punto de vista, Borges posee una posición

similar cuando sostiene que “el deber de cada uno es dar con su voz”.³ Esta es la voz de las generaciones pasadas, así como también, la voz que escucharán e interpretarán a su modo las generaciones venideras. Borges destaca en el grupo de “los que dan con su voz” a Sarmiento y Echeverría por ser quienes encarnan la vocación de la argentinidad, sin caer en recursos forzados de tomar elementos que se desprendan del sentido común nacional, sino que pudiendo describir y construir una identidad a partir de una voz universal. Y es por esto mismo que considera como lo más loable una entonación argentina del castellano. Esta idea se completa en el párrafo final de “El escritor argentino y la tradición”, donde expresa que “...no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos...”.⁴

Definir un enemigo como estrategia para construir la nación

Perón, a partir de sus lecturas de von der Goltz, describe la relación que se establece entre guerra y política, mediante el concepto de “la nación en armas” para explicar la lucha de pueblos contra pueblos⁵. Mediante la utilización al extremo de todas las fuerzas del Estado para batir al adversario, se intenta conseguir el objetivo político que es el que hace a la nación. Esto acarrea algunos problemas, sobre todo teniendo en cuenta que en el caso argentino hubo más bien

³ Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. ”, en “Obras Completas”, Emecé editores, Buenos Aires, 1974.

⁴ Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición”, en “Obras Completas”, Emecé editores, Buenos Aires, 1974.

una idea de enemigo interno en lugar de enemigo externo, idea que se fue desplazando transfiguradamente en diferentes épocas. Es así como las fuerzas del Estado, y el ejército en vías de conformación, son utilizados para eliminar los elementos salvajes (el indio, el gaucho, el caudillo) que perjudican a la idea de progreso que manejaban algunos sectores de aquel período del siglo XIX. De alguna manera se configura una nación en la que los rasgos militares son muy marcados, y esta será una característica que se reproducirá a lo largo de la historia del país, ya que dará paso a un tipo de sistema político débil, en el cual los gobiernos que apunten a ser los más representativos de los intereses del pueblo, muchas veces se verán interrumpidos en su trayectoria por algún tipo de intervención militar, que en su mayoría estarán asociados a las conveniencias de las elites dominantes del país.

Es interesante pensar la guerra en el esquema de la civilización, debido a que justamente es un tema que se encuentra actualizado a partir de los acontecimientos que se viven hoy en día a nivel mundial. La civilización es definida como aquella construcción social que se levanta ante lo natural, es decir lo irracional, por eso supone el alcance de un nivel de comportamiento elevado del hombre en sociedad. El problema básico está en quién posee el capital cultural y simbólico para definir los parámetros de medida de qué es civilización, y qué es barbarie. Y en este sentido me parece conveniente realizar la observación de que la guerra en sí constituye un acto de violencia, de salvajismo, y por qué no, de barbarie, que realmente ocasiona severos daños en contra del progreso, pero que al ser parte de la “sociedad civilizada” encuentra legitimación en sus objetivos, en

⁵ Perón, Juan Domingo; *Apuntes de historia militar*.

el marco de la sociedad occidental, que en definitiva es la que establece cuales son, según su punto de vista, las culturas cercanas a lo bárbaro que deberían ser eliminadas.

El Centenario y la metamorfosis de la cuestión nacional

En la Argentina del siglo XIX, las guerras civiles y el alto nivel de conflictividad entre el interior y Buenos Aires, imposibilitaban, en gran medida, la organización del Estado. A esto había que sumarle el eterno mal de la extensión del territorio. A raíz de esto, el proyecto de civilización propuesto por los hombres de la generación del 80 apuntaba a que, mediante la inmigración, se poblara el desierto, e incluso, se intentara borrar los hábitos que se identificaban con el caudillismo y la barbarie rural. Pero este programa tendiente a eliminar el problema clave de la Historia Argentina (la barbarie), quedó trunco por diversos factores, y acercó nuevas problemáticas a nuestro territorio.

Al iniciarse el siglo XX, Argentina atravesaba económicamente un período de bonanza, lo cual generó una importante afluencia inmigratoria de individuos dispuestos a “hacerse la América”, eufemismo que daba cuenta del afán lucrativo con que los extranjeros llegaban a estas tierras. Pero este proceso inmigratorio no funcionó como los hombres de la organización nacional lo habían planeado. Por un lado, porque la idea que primaba era que los inmigrantes llegarían para trabajar la tierra, y de este manera habitarían la campaña, pero esto no fue así, debido al monopolio que los grandes propietarios ejercieron sobre la tierra, es por esto mismo que el fenómeno inmigratorio fue predominantemente urbano. Por otro

lado, esta afluencia inmigratoria en las ciudades hizo que la composición de la sociedad se vuelva más compleja y diversa, debido en gran parte a la influencia de las ideas y las vivencias europeas que estaban siendo importadas. Además, el sistema de dominación oligárquico ya no gozaba de buena salud, y era cuestionado intensivamente por las clases medias que buscaban democratizar el régimen político.

A partir de 1880, pero sobre todo con la llegada del Centenario, la literatura argentina se renovó a partir de la búsqueda de un nacionalismo cultural más fuerte, que funcionara como reacción a la oleada inmigratoria sucedida en ese período. La pregunta fundante de si somos nación, planteada por Sarmiento en un primer momento, se reaviva al mismo tiempo que el debate sobre como apreciar el significado del Martín Fierro, lo cual conlleva una inquietud en cuanto a la definición de la identidad nacional.

En base al objetivo de buscar una tradición nacional propiamente literaria (no sólo político-institucional), se puede apreciar el desplazamiento que ocurrió en lo que respecta al tema de la inmigración, que en un primer momento se esperaba como una condición prioritaria para el progreso de la nación, pero que en el Centenario se la identificaría con una nueva barbarie. A su vez, esta etapa muestra también la metamorfosis del término criollo, que pasa a ser considerado como sinónimo de lo pintoresco, cuando a mitad del siglo XIX las élites intelectuales asimilaban este término a lo primitivo, y lo cargaban de connotaciones negativas. Evidentemente, esta operación se invierte debido a la llegada del inmigrante (o gringo), quien modifica las concepciones en torno a las tradiciones nacionales, por lo que aparece un afán por recuperar algunas de las

características de la nación que en otro tiempo eran asociadas a lo bárbaro. El contexto ha cambiado, y por eso se hace presente el temor a que el progreso disuelva los símbolos de la tradición nacional, que de una forma u otra deben ser rescatados por los escritores y los intelectuales.

Entonces, el comienzo del nuevo siglo condensa un replanteo en cuanto a los mitos de identificación colectiva que atañen a la cuestión de la identidad nacional. Y en este aspecto, el movimiento de revalorización del Martín Fierro y la nueva lectura que se hace de este sirven para la transfiguración mitológica del gaucho, como arquetipo de la raza, y establece al poema gauchesco de Hernández como texto fundador de la nacionalidad. Por detrás de esta operación, aparecía el interés de afirmar el derecho a gobernar que intentaban extender las elites dominantes, conformadas por los criollos viejos. Es así que el mito del origen sirve como oposición a la amenaza que suponían los grupos recién llegados. Los escritores serían quienes tendrían el deber de espiritualizar el país. Vemos en Lugones y su conferencia en el Odeón como se considera el agente que intermedia entre la poesía del pueblo y la mente culta de la clase superior, con el objetivo de construir el espíritu de la patria. Esto muestra como el escritor debe formar el espíritu de la patria forjando mitos de legitimación para los que gobiernen. Lugones expresa de algún modo el temor de estas clases dominantes al inmigrante que desea la consecución del sufragio universal. Es por eso que son descriptos como el peligro bárbaro que acecha a la patria y sus poetas.

Ramos Mejía es uno de los intelectuales que reacciona ante la llegada de los extranjeros, pero de una manera contradictoria. Por un lado posee los típicos prejuicios de clase, pero a su vez está expectante por presenciar el espectáculo

de ese crisol de razas que el confía, desde su concepción biológica evolucionista, concluirá por robustecer el organismo de la futura sociedad argentina. La importancia de Ramos Mejía radica en su visión sobre las multitudes argentinas⁶, visión que actualiza el concepto de civilización y barbarie sarmientino. La multitud establecería una prisión moral para el individuo, contagiándolo de puro instinto, casi animalidad. El hombre moderno, culto y moderado, se volvería bárbaro en estado de muchedumbre. Ramos Mejía considera que el individuo, al formar parte de la multitud, desciende en la escala de la civilización. Adelantándose a la época en que la política sería estructurada en beneficio de las masas, con la llegada de Perón al poder, lo cual ocasionaría un fuerte dolor de cabeza tanto para los intelectuales, como para los sectores reaccionarios y conservadores de mediados del siglo XX, Ramos Mejía realiza una novedosa lectura sobre el salvajismo y la barbarie en los años en que le toca escribir, transfigurando esta figura con la de las masas, aunque desde una posición biológica, y no tanto política, que pudiera tomar la cuestión del mito. Las masas, y con estas la aparición del Peronismo en el terreno político, son los encargados de concretar un nuevo desplazamiento de la cuestión del miedo, inaugurada por la perspectiva de Sarmiento. De este modo, la barbarie aparece como un concepto que persiste transmutado en diferentes momentos. Es en definitiva lo facúndico que se desplaza como un invariante histórico.

El miedo al salvaje, al incivilizado, que también esconde el miedo a la muerte violenta, tema central del Facundo y de muchos otros escritores argentinos a lo largo de la historia, es un asunto que se va transfigurando de un período a

⁶ Ramos Mejía, José María; *Las multitudes argentinas*.

otro. Borges es el encargado de referirse al destino trágico sudamericano como un hecho que sucederá inevitablemente⁷. La muerte violenta es la figura que nos iguala a la naturaleza, y por lo tanto atraviesa el límite que podría separar los términos de civilización y barbarie.

Si uno realiza un rastreo de la trayectoria literaria argentina y sus escritores claves, encuentra una especie de linealidad, en el sentido de un desplazamiento de problemas que se renuevan, la mayoría de las veces actualizándose implícitamente. La interacción entre las diferentes voces de los autores de nuestra literatura son en algunos casos notorias, y este dialogo con el pasado y la historia, sin lugar a duda se enriquece en cada contexto en que se produce el acontecimiento de una nueva lectura. Por eso no es de extrañar que a lo largo de la Historia Argentina coinciden diferentes conceptos que no pierden vigencia debido a que se encuentran en estado de metamorfosis permanente.

Bibliografía:

- Sarmiento, Domingo F.; Hernández, José; "El Chacho: dos miradas".
- Martínez Estrada, Ezequiel; *Radiografía de La Pampa*.
- Borges, Jorge Luis. "El idioma de los argentinos", en "Obras Completas", Emecé editores, Buenos Aires, 1974.

⁷ Borges, Jorge Luis. "El otro. El mismo". en "Obras Completas", Emecé editores, Buenos Aires, 1974.

- Borges, Jorge Luis. "El escritor argentino y la tradición", en "Obras Completas", Emecé editores, Buenos Aires, 1974.
- Perón, Juan Domingo; *Apuntes de historia militar*.
- Ramos Mejía, José María; *Las multitudes argentinas*.
- Borges, Jorge Luis. "El otro. El mismo". en "Obras Completas", Emecé editores, Buenos Aires, 1974.
- Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*. Buenos Aires, 1847, varias ediciones.
- Hernández, José: *Martín Fierro*, 1872-1879, varias ediciones.
- Lugones, Leopoldo: *El payador*.
- Astrada, Carlos: *El mito gaucho*.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz: "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia, Buenos Aires, CEAL, 1983(reedición en Buenos Aires, Ariel, 1997).